



El canal de ambos mares.



II



Realizar una aspiración política, tal como la unidad germánica, no es un fin, sino más bien un medio; el verdadero y último fin es la riqueza, el bienestar individual. Así los alemanes aprovechan el prestigio de su nueva patria para ensanchar el horizonte de su actividad industrial, y en todas partes del mundo aparecen alemanes compitiendo con franceses é ingleses en las luchas comerciales é industriales. Cuando se abrió el túnel de Mont-Cénis los grandes puertos franceses aumentaron considerablemente en tráfico, pues vinieron á ser el depósito natural de las mercancías ultramarinas, que luego habian de distribuirse por la Europa central; los alemanes necesitaban disputar á los franceses esta fuente de abundantes riquezas, y al efecto dedicaron sus esfuerzos á la apertura del San-Gotardo; y una vez realizada la colosal empresa, á fuerza de reducir tarifas lograron atraer la mejor parte de la benéfica corriente comercial en prove-

cho de regiones germánicas y de los puertos de Amberes y Hamburgo. Marsella, Burdeos, el Havre vieron menguar sus beneficios, y la estensa red de los ferrocarriles franceses tuvo una disminucion notable de movimiento; en especial la compañía Paris-Lyon-Mediterranée lamentó el nuevo estado de cosas, que cerraba una era de envidiable prosperidad.

Peró la apertura del canal de ambos mares puede volver las cosas al estado, que tenían despues de la apertura del Mont-Cenis y antes de la del Gotardo; y esta vez no se ve fácilmente à qué espediente habrían de recurrir los alemanes para contrarrestar la influencia de la obra francesa. No cabe duda de que una vez abierto à la navegacion el canal francés, por él se haría la mayor parte del tráfico, que hoy se hace desde el Gotardo hasta Amberes y Hamburgo; todo el inmenso comercio, que se desarrolla entre Liverpool, Londres, Southampton y demás puertos ingleses al occidente del canal, y Marsella, Brindis, Barcelona, Constantinopla etc. al oriente del mismo, así como todo el comercio ingles con las Indias y la China, adoptaría este trayecto, que disminuye considerablemente las distancias, y elimina de los peligros de la navegacion las terribles tempestades, que se desencadenan en las costas de España y Portugal. Amberes dejaría de ser el depósito de las mercancías americanas, las cuales entrarían en el corazon de Europa directamente por el canal, pues de este modo sustituirían con recorrido marítimo, mas barato, gran parte del que hoy deben hacer en ferrocarril.

Claro está que Burdeos y Marsella serían los dos puertos que recibirían desde luego enormes beneficios, viniendo à ser como las cabezas de línea de la nueva vía, que necesariamente habrían de anudar relaciones comerciales gigantescas con todas las partes del mundo. Pero además todos los departamentos franceses, que atravesàra el canal, verían crecer de un modo notable su prosperidad, pues nacerían como por ensalmo puertos interiores à donde concurriría la exportacion é importacion de todo el interior de la Francia. Si se tiene en cuenta la diferencia que hay del Istmo de Suez ó del de Panamá al mediodía de la Francia, fácil es anticipar el porvenir soberbio que está reservado al canal de ambos mares, cuyas orillas vendrían à ser un inmenso muelle de 500 kilómetros.

Si la importancia del canal es indiscutible para los franceses,

tampoco es dudosa para España; nuestras costas del Norte se acercarian á las de Levante; los hierros de Bilbao y los carbones de Asturia podrian desterrar los productos similares ingleses de Barcelona y Valencia. Bilbao y Barcelona, el uno cerca de la boca occidental del canal, la otra enfrente de la oriental, recibirian, aunque á menor escala, todos los beneficios prometidos á Burdeos y Marsella. Sin entregarnos á quiméricas ilusiones podemos decir que España quedaba en situacion envidiable respecto á las corrientes comerciales; y que la apertura del canal francés contribuirá mucho al progreso, que necesitamos hacer para alcanzar el nivel de civilizacion del resto de Europa. Desgraciadamente no podremos contribuir á la empresa mas que con nuestros deseos; pero en cambio, si otras consideraciones no nos vedasen el conspirar, ni aun platónicamente, á la reina de la Francia, la conveniencia de que ésta nacion puede acometer la colosal empresa deberia bastar para alejarnos de toda intriga diplomática, que tienda á privar á nuestra vecina de los medios de intentarla. Y dicho se está que solo una paz larga, una tranquilidad absoluta, y un alivio de las cargas militares serán capaces de constituir una economia nacional suficiente para llevar á cabo una obra, que no costará menos de dos mil ó dos mil quinientos millones de francos.

III

Con lo expuesto hasta ahora quedan demostradas las ventajas que para Francia tendrá la apertura del canal; pero esto no basta para decidir de la posibilidad de la empresa; y la razon es obvia. El Estado no puede actualmente tomar á su cargo la colosal empresa, ni aun ayudarla con una subvención, que tenga importancia relativamente al enorme capital que para realizarla se necesita; debiendo pues constituirse este capital con las economias individuales, es preciso que se vea con bastante claridad que la empresa ha de ser suficientemente reproductiva en un plazo no muy largo. Es casi imposible hacer un cálculo analítico de los provechos que puede reportar una obra tan colosal, llamada á trastornar la marcha de las corrientes industriales; y unicamente puede apreciarse en globo que ha de reportar intereses más ó menos cuantiosos al capital que en ella se invierte; así el que acuda el capital á los llamamientos de los empresarios ha de ser mas bien cuestion de

fé que de raciocinio; y sobre todo ha de depender el éxito de la abundancia de capitales.

Dejando à un lado este aspecto del problema, entremos en algunas consideraciones de carácter técnico, que permitan à nuestros lectores formar juicio aproximado de la importancia de la empresa.

El Canal de Suez exigió la escavacion de 65.000.000 de metros cúbicos de tierras; calcúlase que el de Panamá exigirá la escavacion de 120.000.000 de metros cúbicos; aunque no tenemos documento alguno que pueda considerarse como un ante-proyecto del canal de ambos mares, el estudio del mapa de Francia, hecho sobre las hojas del depósito de la guerra, nos permite asegurar que si no se modifican los datos; ó dimensiones asignadas al canal proyectado, la escavacion no bajará de 4.000 millones de metros cúbicos, ó sea 50 veces mayor que la de Suez, y 30 veces mayor que la de Panamá; el cálculo es probablemente corto, como puede verse. El trazado que ofrece mas ventajas es el siguiente: arranca de la embocadura del Garonne, y siguiendo el curso del rio llega à Burdeos; de aquí, siempre aprovechando el valle del Garonne, en su orilla derecha, y cortando los rios Dorpt, Lot, Aveyron y Tarn, pasará por Agen hasta Tolosa; aquí seguirá aproximadamente el trazado del canal del Mediodia; y pasando por Beziers irá à terminar en el estanque de Thau; siguiendo este trazado, cuyos puntos extremos distan 300 kilómetros (no contamos la desembocadura del Garonne, ó estuario de la Gironda) el canal no medirá ménos de 450 kilómetros. Una tercera parte del trazado, la comprendida entre Agen y Carcasonne, arrojará una cota media de escavacion de 100 metros con una seccion de 200 metros de base media (talud de 1,2;) solo esta seccion arroja un cubo de 3.000 millones de metros cúbicos, y no es mucho calcular en otra tercera parte el cubo correspondiente à los otros dos tercios del canal. En uno de los folletos que hemos leído se hablaba de un coste de 800 à 1.000 millones de francos, lo cual es simplemente absurdo; basta decir que el canal de Panamá no se terminará con 1.200 millones de francos, ó sea diez francos por metro cúbico de estraccion.

Cierto es que la apertura del istmo de Panamá ha tropezado con dificultades costosísimas, que se evitarían casi de seguro en la apertura del canal de ambos mares. Si nuestros lectores quie-

ren tener una idea exacta de lo que realmente ha sucedido en Panamá pueden consultar el estudio hecho por los ingenieros Cano y Brockman, publicado en el Memorial de ingenieros del ejército. Estos facultativos españoles visitaron las obras del canal en 1886, por cuenta del marqués de Campo, y han hecho un trabajo sumamente instructivo acerca del asunto; leyéndole con alguna detención se adquiere el convencimiento de que en Panamá se han perdido muchos años y muchos millones; pero al propio tiempo se tocan las dificultades reales é ineludibles de estas colosales empresas, y se adquiere el convencimiento de que el empleo de la maquinaria moderna hace posibles en plazos relativamente cortos obras, que á brazo serian sino imposibles físicamente, imposibles bajo el punto de vista económico. Pero debe entenderse bien esta economía realizada por las máquinas; que es más bien economía de tiempo, que permite al capital empleado entrar en producción, antes que la acumulacion de intereses haga la empresa desastrosa; pero es una equivocacion creer que en esas grandes obras la unidad de trabajo á máquina tiene un coste mucho más pequeño que la misma unidad á brazo en las obras pequeñas. No olvidando esto, nadie dirá que puede calcularse en ménos de un franco el coste de escavacion y remocion del metro cúbico del canal de ambos mares, lo que haría subir su coste á 4.000 millones de francos.

No creemos posible que en Francia haya disponible por ahora tan enorme capital; pero tampoco creemos necesario sostener las dimensiones en ancho del canal, pues reducido este á 75 ú 80 metros en la linea de agua, se realizaria una economia de cerca de la mitad del coste; aun con esa dimension el canal sería casi doble que el de Panamá.

Indudablemente todas las cuestiones, que pueden presentarse en la apertura del canal de ambos mares, tienen precedente en las aperturas de Suez y Panamá; por ejemplo las relativos á la diferencia de nivel entre el Atlántico y el Mediterráneo; las relativas al influjo de las mareas en el régimen del canal, y la manera de dominar este influjo bien con esclusas, bien con simples puertas de marcas; la alimentacion del canal con aguas fluviales, ó la exclusion de estas aguas; y otras muchas que surgen á cada paso en obras de tal magnitud. En Panamá aun están en estudio gran parte de estas cuestiones, y hay opiniones muy distintas respecto á la mejor solucion. Basta decir, como ya hemos indicado, que el

ingeniero Boyer, el más ilustrado de cuantos estuvieron al frente de las obras, llegó á proponer que se renunciara á abrir la gran trinchera de más de cien metros de cota, y de poco más de un Kilómetro de longitud, estableciendo un tramo central, más elevado, y en el que se ingresaría por medio de gigantescos ascensores. Cuando se acuerda uno de todas estas dificultades é incertidumbres, aparece punto ménos que imposible la apertura del canal de ambos mares; pero cuando se reflexiona que las diferencias favorables á este último proyecto son también inmensas; vuelve á creerse posible la empresa, como efectivamente la creen en Francia respetables ingenieros, hombres de negocios y publicistas.

En el mediodía de Francia no habría que con la insalubridad del clima, que en Panamá convertida en cementerios las instalaciones de los operarios emigrados, y prohibía como mortal exceso la más ligera extralimitación del régimen habitual, tan necesaria á hombres entregados á rudas faenas, muy lejos de la patria y de la familia; no habría que pagar sueldos fabulosos á obreros inhábiles y á empleados absolutamente ignorantes, sueldos que solo servían para llevar los bolsillos de cantineros y comerciantes avetureros; no habría que ponerse en manos de contratistas de mala fé, sin garantía ninguna que los obligara á cumplir los contratos, cuando habían sacado de estos el partido posible y quedaba el hueso por roer; no habría que esperar meses y meses la llegada de máquinas costosas, que muchas veces no resultaban propias para el trabajo que se exigía de ellas.

Pero así y todo; aunque las circunstancias topográficas, la experiencia adquirida, la riqueza de Francia, y las ventajas de la empresa, sean todas condiciones favorabilísimas, todavía el ánimo vacila en aceptar la posibilidad de tamaña obra.

Despertados como esperamos la curiosidad, y aun el interés de los lectores de la REVISTA, procuraremos tenerlos al corriente del curso que tome el proyecto; y aun esperamos que en otra ocasión nos será posible hacer más interesante la noticia, aumentándola con datos positivos respecto al gigantesco canal de ambos mares.

GENARO ALAS.





EL CULTO EN LA CIUDAD ANTIGUA.



Si considerando bajo todos puntos de vista es altamente indispensable, útil y provechoso para la humanidad el estudio de los múltiples acontecimientos realizados en Grecia y Roma, y de las diversas causas de los mismos pretendemos deducir consecuencias más ó ménos lógicas que expliquen el porqué de su civilización tan decantada, de importancia suma es también el que se relaciona con los orígenes de su culto religioso, base de las costumbres y de las instituciones de ambos países, á los cuales, más que á otro alguno de la antigüedad, dirígense con anhelante afán las curiosas investigaciones, de los sabios, de los jurisconsultos y de los artistas.

Se ha dicho en todas épocas y por cierto con muy fundada razón, que en el estudio de las creencias religiosas de los pueblos antiguos es donde puede hallarse la clave del enigma, que en vano el historiador ha pretendido descifrar, para comprender el verdadero origen de sus principios, sus usos y sus hábitos; y por cuanto la religión fué lo que formó la regla de vida de los Imperios más remotos, al conocimiento de esta y de su culto es á lo que debe atenderse todo aquel que ambicione hacer el análisis perpetuo de la Sociedad Griega y Romana.

En las creencias sobre el alma y sobre la eternidad; en el culto profesado á los muertos; en el significativo símbolo del fuego del hogar y en el sin número de raras ceremonias practicadas sin interrupción alguna por el romano y por el ateniense de los primeros siglos, es donde hallamos siempre el fundamento de sus prácticas sociales; hasta ahora con tan poquisimo provecho estudiadas y tan mal ó de ninguna manera comprendidas en su modo de ser y de existir.

La civilización de las monarquías lucráticas de Oriente, por lo

mismo que no extraña tantos y tan opuestos cambios en la existencia real de sus principios morales, políticos y religiosos, ha sido considerada por la mayoría de los historiadores de idéntica manera, y las poderosas razones que se han aducido para explicar su ruina no les han llevado al espinoso campo de las rivalidades y de los antagonismos; pero si en lo que respecta à este asunto existe un solo y único criterio razonable, no podemos decir lo mismo del que guarda estrecha relacion con aquellos países, que despues de adquirida la herencia de los imperios asiáticos, que la mano del Omnipotente destruyó, llevaron más adelante los fines propios, que al hombre estimulan en su breve cuanto dolorosa peregrinacion sobre la tierra.

Hasta ahora hanse tenido por muy exactas y muy verídicas ciertas afirmaciones hechas por hombres, que si bien conocieron à fondo las instituciones de Roma y Grecia, en vano trataron de remontarse al origen primordial de las mismas: y como en la edad presente, merced al constante y no interrumpido estudio de aquellos pueblos, es como ha llegado à comprenderse muchas de sus prácticas sociales, de aqui el que nosotros, creamos de suma utilidad para nuestros lectores, estos brevisimos y sencillos apuntes, sobre lo que en realidad fué la religion y el culto de la ciudad antigua, durante las primeras épocas de la civilización helénica y Latina.

Las poblaciones greco-italianas, siguiendo en un todo el principio que acerca de su propia naturaleza, del alma y de la muerte, sostuvo la raza indo-europea, à que pertenecian, jamás y bajo ningún concepto dejaron de creer que la vida del hombre experimentase otra nueva trasformacion más allá de los límites del sepulcro, y durante dilatado número de siglos subsistió la creencia de que el espíritu acompañaba al cuerpo en su misterioso viaje à los abismos de la eternidad. (1)

Como testimonio indudable de lo que en las anteriores líneas acaba de exponerse, tenemos el rito de la sepultura que los hombres de otras épocas ulteriores, no conocieron, cuando ya las ideas sobre la futura suerte del alma, iban despertando la inteligencia de los filósofos, à los cuales débese en gran parte la decadencia de la civilización antigua del Lacio y de la Grecia.

Cuando en dichos países llegaba à depositarse en el sepulcro el cuerpo de un ser humano, creíase que acompañaba à este algo vivificador, algo inmortal, y como consecuencia de tal pensamiento no se le dejaba solo, sino que sus parientes, amigos y allegados obstinábanse à porfia en colocar junto à él todos cuantos objetos habia usado en vida y que le eran forzosamente indispensables en la

(1) Téngase presente que hablamos de las épocas más remotas, de Roma y Grecia, cuando aun ni remotamente habíase pensado en adoptar la costumbre de la cremacion de los cadáveres, uso que despues de largos siglos prevaleció, hasta el triunfo de la sublime doctrina del Crucificado.

nueva existencia, à que el poder del padre de los Dioses le sujetaba por espacio de tiempo indefinido.

Los funerales de Polidoro, tales y como nos los describe con su inimitable pluma el insigne autor de la Eneida y las Geòrgicas, son pruebas bien claras y evidentes de lo que dejamos dicho, por mas que en la época en que vivió el *Cisne de Mantúa*, no se conservasen vestigios de esta clase de ceremonias religiosas, pertenecientes à siglos anteriores, ó à lo que pudiéramos llamar muy bien, especialísima formacion de la ciudad antigua.

El poeta griego Pindaro, nos ha dejado en cierto verso de una de sus más inspiradas odas heróicas, una prueba muy significativa por cierto de esta clase de ideas, que ejercieron singular predominio entre los primeros habitantes del territorio helénico.

Si en vista de todo esto consideramos ahora la costumbre, que tanto los griegos como los romanos tenían de tributar sagrada adoracion à sus antecesores, remontándose de generacion en generacion, para explicar su origen, al fundador de la familia, podremos ver que las prácticas religiosas del hogar reconocian como causa la creencia anteriormente manifestada, de la cual, como no podia ménos de suceder, nació sin duda alguna el tan extraño cuanto originalísimo culto hacia los muertos.

Este culto es el que por espacio de más tiempo duró en las ciudades griegas y romanas, sobre todo en las últimas, hasta que Constantino declaró única religion del Imperio, la Católica.

Los individuos todos de una familia veíanse precisados pues à compartir sus alimentos con los seres à quienes adoraban como à dioses, y siendo así que estos yacian enterrados dentro del mismo hogar y en un pasage à propósito, à él se acercaban en las horas de las comidas; puesto que esa creencia universal que los muertos participaban de ellas, para poder continuar la nueva vida que tras la losa del sepúlcro comenzaban, al abandonar para siempre el mundo terrenal.

Y no era esto solo, sino que en toda clase de acontecimientos, ya tristes, ya alegres, ya prósperos, ya adversos, aproximàbanse igualmente à la tumba de sus antecesores, puesto que segun las ideas religiosas más dominantes en aquella época; estos tomaban parte tambien en las penas, dolores, infortunios ó goces y placeres de la familia, cuyo destino estaban llamados à proteger eternamente.

Invocàbase de continuo la proteccion de los muertos y se les llamaba dándoles diferentes nombres, que revelan la respetuosa adoracion de que eran objeto en todas circunstancias.

Segun Eschilo y Escúpides, los griegos daban à sus ascendientes, así consagrados por el entusiasta amor de la familia, el nombre de dioses subterráneos.

Para asegurar bajo todos los medios posibles, el bien, la fortuna y la prosperidad del hogar, era necesario ante todo tener propicios à los muertos y tributarles diariamente el culto que les co-

rrespondia, so pena de verles salir del sepulcro y andar errantes por todos los ámbitos de aquel.

En este caso la familia veíase castigada por males sin cuento, que venian á demostrar el poder de aquellos á quienes la negligencia, el abandono ó el descuido, de los suyos, privaba de las comidas sagradas y de las libaciones.

Por el contrario si las ceremonias se llevaban á efecto segun la regla ó costumbre establecida, todo era prosperidad y bienandanza en el interior de los hogares, únicamente dispuestos para la deificación, respeto y culto solemne de los antepasados.

Véase pues, como el culto, profesado por la familia griega y romana á sus antecesores y tradicionalmente sostenido de generacion en generacion hasta la época, del filosofismo anti-pagano, se relaciona con las instituciones de esa primera edad de ambos países y explica de un modo, que no dá lugar á dudas de ningun género, ciertos hábitos y costumbres, que no por ser más extrañas á nuestra manera de ser y de sentir, deban pasar desapercibidas para el historiador y crítico del siglo XIX.

Incurriríamos en anacronismos sumamente graves y dignos de la más severa y lógica censura, si nos propusiéramos estudiar cual se merece el periodo de la civilizacion helénica y latina, en sus múltiples manifestaciones de desarrollo material, moral é intelectual, haciendo caso omiso de esas ceremonias religiosas del culto privado, en las cuales se halla la base de todo cuanto encierra su profundo saber y su genio creador, que tanto nos admira.

Si no obrásemos, analíticamente, de esta forma; si al examinar los principios porque se gobernaron algunos pueblos de la antigüedad, no tuviésemos presente su culto y sus ritos, de manera alguna nos seria facil comprender la existencia de los patricios y plebeyos, de los tribunos y clientes, de los empátridos y de los proletarios; cuyas rivalidades, luchas y antagonismos son, por decirlo así, el único origen de los cambios, trastornos y vicisitudes de Roma y Grecia.

El fuego sagrado del hogar, llamado primeramente *Verta* por los griegos y latinos, y en todas ocasiones *ara* ó *focus* por los últimos, era el dios tutelar por excelencia, la divinidad entre las divinidades de una familia, y en el que se sintecizaba toda la adoracion, todo el respeto, todo el entusiasmo de los que, unidos por un indisoluble vínculo religioso, jamás y bajo ningun concepto dejaban de tributarle las ofrendas establecidas por el ritual doméstico.

Tanto el griego como el romano tenian la estrecha, la ineludible obligacion de mantener siempre vivo el fuego de los *lares*; y aquel que, inadvertidamente dejaba de cumplir con tan imperioso precepto, veíase precisado á purificar su cuerpo con sacrificios expiatorios, hasta obtener la gracia del Dios: pues segun la creencia más generalizada entre los hombres de esta remota edad á que

nos referimos, hogar estinguido era sinónimo de familia estinguida; lo cual prueba que tal uso no obedeció jamás á una costumbre de escasísima importancia, sino á otro origen mucho más alto; puesto que al fin el fuego sagrado simbolizaba todo lo más grande de la religion, cuyas prácticas tales y tan sagrados deberes imponian.

Una de las condiciones más indispensables era que el fuego se mantviese puro en todas épocas; y con tal motivo prohibiase alimentarle con cualquier clase de leña, y si únicamente con la de la especie de árboles que los ritos marcaban, como más adecuada y á propósito para el objeto.

Como consecuencia del precepto anterior, tampoco era permitido ejecutar ante él ningun acto ilícito ó culpable, que pudiese ofender, bajo cualquier estilo, la magestad del gran Dios tutelar, cuya proteccion se manifestaba diariamente al hombre, aun en los actos más inocentes, sencillos y triviales de la vida.

Ante el fuego sagrado tenian lugar las ceremonias más solemnes, como el matrimonio, la investidura de la toga, la iniciacion en las prácticas del culto etc. y en tales ocasiones, alimentando el Dios con la grasa, de las victimas que se sacrificaban, con miel, manteca, fruta y espirituoso vino de Chipre y Falerno, mostrábase ante la familia en toda su magestad, por medio de una llama viva y brillante, que era el símbolo, de su alegría, de su amor, y de su regocijo.

En el acto de la comida, que era el más solemne, grandioso y severo del culto del hogar, acto á que no podian asistir más que los individuos de una familia, invocábase al fuego para que dispensára á los mismos toda clase de felicidades y venturas, y entonces se le concedian las primicias del alimento; pues tanto los romanos como los griegos y aun los indios, creian que los dioses necesitaban satisfacer sus necesidades terrenas como cualquier mortal. De aquí es que en todas circunstancias se tuvieran presentes las ofrendas con objeto de calmar su hambre y su sed, para que en ningun caso pudiese negar sus favores á los que de tal modo le bendecian y le honraban.

Ningun griego ni romano atreviase á salir fuera de los umbrales de su hogar doméstico, sin haber implorado antes la proteccion y ayuda del *fuego divino*, ante quien recitaba una ú otras oraciones, segun era el deseo de que se hallaba poseido, y segun también la mayor ó menor inquietud con que pretendia conocer la benevolencia de su Dios.

Ante el *ara ó focus* doméstico hacíanse generalmente todas cuantas promesas tendian á asegurar la perfecta consagracion del culto religioso; y si un individuo cualquiera faltaba á lo que prometia, ya por negligencia, ya por descuido imperdonable, el Dios le castigaba, mandando sobre él una série de infortunios y calamidades, cuya terrible espacion no era bastante á aplacar la cólera del Dios ofendido.

Así es que en todas circunstancias vemos al griego y al romano de aquellas épocas dirigirse á la gran *divinidad doméstica*, para suplicarle suerte propicia en sus empresas y negocios; pero no sin que antes de poner término á su invocacion, pronuncie estas palabras prescritas por los ritos: *¡Oh! Dios de mis mayores; si no cumplo lo que tu te mereces y nosotros estamos obligados á ejecutar, manda sobre este LAR los castigos que tanto mi familia como yo consideramos más crueles.*

¡Oh! AGNI, decia el indio á su vez: *castigame si no cumplo tus mandatos: porque te pertenezco y todo lo que existe en esta casa es tuyo.*

Este culto, tributado al fuego, no era patrimonio exclusivo de las razas helénica, latina é india, sino de todas aquellas que, descendiendo de un mismo tronco, conservaban algunas reminiscencias de la primitiva religion que profesaron, de la religion ARYANA.

Pudieron, sí, despues de largo trascurso de los siglos, admitir nuevos dioses y alimentos otras creencias; pero en el fondo no podian ménos de ejercer gran influjo las antiguas costumbres de los ARYOS.

Pero en este culto, tal y como nosotros lo hemos llegado á comprender en sus orígenes, no podian intervenir otros individuos que los de la familia para quienes se instituyó; y tanto es esto así, que sus ritos no pudieron ser jamás revelados á otra alguna.

Por esto cada casa tenia un Dios protector ó un fuego divino, en cuyo culto nunca podia mezclarse para nada ni aun el mismo gran Pontífice de la Ciudad.

La religion del Estado y la doméstica, en los primeros albores de la ciudad romana, fueron completamente diversas entre sí; y aunque en el fondo ambas tendian por sus especiales condiciones á un mismo, solo y exclusivo objeto, en la forma diferenciabanse de una manera tal, que cuesta trabajo comprender el estrecho lazo político que pudo unir á aquellos hombres, para quienes los ritos, las ceremonias y el esplendor del culto en los dioses pátrios, en ninguna circunstancia significó otra cosa que la costumbre de adorar á los que, en tiempos muy remotos, fundaron la nacionalidad; de que con tan justa y legítima razon se vanagloriaban y enorgullecian.

El ciudadano romano y griego tenia en mucha más estima su culto privado que el de la gran *divinidad pollada*, ante la cual únicamente se postraba de hinojos cuando la *fratria* ó la *tribu*, á que pertenecía, obligábase á cumplir este deber imperioso, cuya trasgresion hubiera sido castigada siempre de un modo cruelísimo.

Hasta muchos siglos más tarde no se vino en conocimiento de que la fuerza política y social de una nacion cualquiera estriba en la unidad de sus creencias y su culto; y como en Roma y en Atenas, durante las primeras épocas de su historia, jamás se dió importancia alguna á la filosófica máxima que antecede, de aquí el que cada familia se creyese con derecho á invocar, como á sus pro-

pios dioses, á sus antepasados; á quienes la muerte convertía para toda una eternidad en poderosos genios tutelares del hogar doméstico.

Esta circunstancia y la no ménos importante de que los antecesores difuntos solo admitían, para proteger el *lar* en que moraban las ofrendas, invocaciones y comidas fúnebres de la familia á que pertenecieron, esplica de una manera harto satisfactoria la razon en que se funda el culto privado de aquella primitiva sociedad, cuya constitucion moral y religiosa tanto nos interesa conocer, si hemos de analizar debidamente los múltiples y extraordinarios acontecimientos realizados en aquellas épocas remotas.

El culto tributado á los muertos y el del *ara* sagrada ó *focus*, que para nosotros viene á ser una misma cosa, puesto que ya en los artículos anteriores hemos visto las analogías que los unen, era designado por los primitivos habitantes de Roma con el nombre de *parentare* y por los de Grecia con otro no menos significativo, cuya traduccion literal nos da á entender que las súplicas que se dirigian á los *manes* tenia que partir por precision de sus descendientes, en línea recta, siendo así que la colateral nunca heredaba las prácticas del culto, instituida única y exclusivamente para los varones, desde el origen y fundamento de la constitucion de la familia.

Esta, era, pues, la causa primordial del secreto con que cada una celebraba dentro del recinto de los *lares* todos los actos religiosos, que tenian estrecha relacion con el culto privado, y si algun individuo, de otra diferente, llegaba á sorprender cualquiera de las ceremonias prescritas por los ritos, quedaban estas nulas y sin ningun efecto, hasta tanto que el Sacrilego no purificaba su cuerpo con los crueles castigos corporales, que el Pontífice Máximo, como jefe de la religion pública, imponía en todas circunstancias.

De lo dicho en el párrafo anterior, se desprenden de una manera lógica y exacta dos consecuencias, cada una de las cuales afirma lo que en nuestros trabajos precedentes, hemos indicado, á saber: primero, que el culto, de los muertos solo pertenecia para siempre de hecho y de derecho á la familia que de uno en otro siglo se remontaba á sus orígenes ó sea á su primitivo fundador; y segundo que la religion del Estado, por medio del gran Pontífice en Roma y del Archonte en Atenas, para nada y bajo ningun concepto intervenía en las ceremonias solemnes del culto familiar, puesto que el único poder que los anales daban, á ambos era el de averiguar si en el interior de cada casa el padre de familia llevaba á cumplido efecto y con la debida asiduidad todos y cada uno de sus diferentes actos religiosos. *Suo quisque ritu sacrificia faciat*, esta era su obligacion; y este tambien, sin ningun género de duda, el imperioso precepto de la ley.

Para que esta ley se cumpliera en todas sus partes y con el objeto de que el culto sintetizase fielmente en cada familia el carac-

ter tradicional de que le vemos revestido en las antiguas épocas, tanto el Pontífice como el Arconte delegaban sus facultades en una asamblea ó consejo, formado por los jefes de cada *tribu* ó *fratria*, á los cuales estaba encomendada la averiguacion de aquellas faltas que se cometiesen en la práctica continua del ritual deméstico.

Porque hay que tener presente que todo padre de familia, ya fuese habitante del Lacio, ya del territorio helénico, no tan solo tenia el sagrado deber de cumplir las ceremonias del culto de sus antepasados, sino que bajo penas severísimas, haciase responsable por las leyes de cualquiera omision cometida por los individuos de su propia casa; á quienes debía denunciar, siempre que fuese conocida aquella, con sus más minuciosos y característicos detalles.

Segun la opinion de los más célebres comentaristas de los libros *Sivilticos*, el sepulcro que encerraba los dioses, manes, lares ó defensores propicios del hogar, hallábase situado; en Grecia, en el centro de cada casa, y en Roma, junto á los umbrales de la misma; con objetos de que los hijos tributasen siempre á sus antecesores la respetuosa adoracion que les correspondia.

Pero tanto en uno como en otro pueblo, el especial cuidado de la familia era ocultarlo todo lo posible para que ningun profano pudiera descubrirlo; sobre todo durante los cultos religiosos que, por mañana, tarde y noche se verificaban, segun las prácticas establecidas.

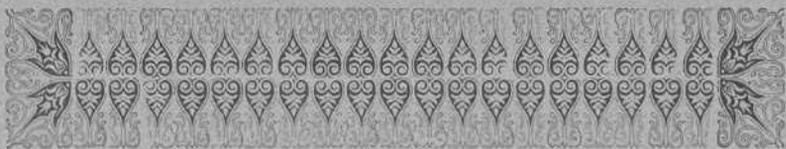
Reasumiendo, pues, lo dicho hasta ahora sobre la religion doméstica y los orígenes del culto en la ciudad antigua, vemos que Grecia, Roma y aun la India no tributan á los dioses del Estado otra clase de adoracion que la indispensable para sostener vivo en todas épocas el sentimiento nacional. Que el lazo que une á los hombres es más bien político que religioso; que el culto de los muertos y del fuego del hogar simboliza todas las creencias, y que cada familia es una pequeña sociedad; cuya manera de ser y de existir producirá, en su tiempo, el carácter especialísimo que hasta tal punto le es facil conocer al historiador, al filósofo, al artista y al jurisconsulto.

Cuanto más se estudie la constitucion de la familia en esta época, tanto más se comprende el motivo de los grandes, múltiples y extraordinarios acontecimientos realizados en la antigüedad.

Este estudio es penoso; pero fructífero y sobre todo útil, para quien desee conocer, en sus más minuciosos detalles, la literatura, las costumbres, los hábitos y las preocupaciones de aquellos remotos pueblos, cuya civilizacion tanto nos asombra.

A C.





PEQUEÑOS POEMAS EN PROSA.



PRÓLOGO.

«Doch Homeride zu sein, auch nur als letzter, ist schon.»
(GOETHE.—*Hermann und Dorothea*.—Prólogo.)

I.

Pido perdón, al comenzar, á cuantos poetas crean profanado el coto redondo de las Musas con este atrevimiento de escribir poemas pequeños sin metro ni rima. Mas otros antes que yo lo han osado, y, bajo el mismo título que empleo, produjo maravillas en prosa el poeta de *Las Flores del Mal*. Y esto si que muy de veras me apartara de mi intento si no recordase aquellos versos, aquí prosa también, del cantor de la raza de Raghu: «.....Sin embargo, los sabios de los siglos pasados han abierto ya la puerta de la elocuencia en esta casa de Raghu, y yo entro ahora en ella como un hilo en una perla ya perforada por el diamante.»

II.

Campoamor, si se lo juro, me creará que yo podría también imitarle, y hacer endecasílabos en prosa, como los tristes Epígonos de la poesía prosáica; y si soy tonto y necio por arranque del propio ingenio, serlo en verso, y aun con rima perfecta; y si no lo soy, continuar en tan feliz estado sin sacar la cabeza del «freno de oro de la rima», como dijo Banville de Víctor Hugo. Freno que ni aprieta ni sofoca en este honrado idioma castellano, donde autorizan rípios sacramentales severos académicos como Tamayo; donde poetas como D. Ramón mismo, sin mengua de su gloria, aprovechan por sistema las desinencias de todas las palabras declinables para colocar en ellas los briscados tejidos de la rima; lo cual es, y esto no lo dijo el cantor de la raza de Raghu, como atar ramilletes á los palos del telégrafo y tomarlos después por un bosque de almendros en flor.

III.

No pretendemos, ilustre Nuñez de Arce (nombre de oro que, como es y como suena, puedo usar aquí, gracias al buen compas de

la Musa de la prosa), no pretendemos, varon preclaro, de las rimas de acero, artista de una pieza, como los llanos de tu Castilla, cuantos usamos, chicos y grandes, de esta libertad de germania que consiste en escribir en prosa de asuntos del alma, usurpar dominios vuestros; pues bien sabemos, por libros prosaicos en que tales puntos se tratan, que hay estados del ánimo poético en que, tal vez por influencias de la luna, el sentimiento tiene su marea, y van y vienen los ayes del anhelo, de la tristeza y de la esperanza; los suspiros del recuerdo (que por su dulce sabor parece una esperanza retrospectiva), como las olas de melancólico murmullo que ruedan sobre una playa..... *quatenus hibernus fluctus maximus excurrit*. (Este latín no es mío, ni del cantor de la raza de Raghu tampoco.)

IV.

Por las anchas calles de la ciudad populosa, limpias y sin tropezos, pasan filas y filas de soldados, como relucientes versos de acero, de armas bruñidas que brillan al sol, de equipo correcto y de uniforme que canta á la patria con las notas agudas de los colores vivos; cada fila es ahora igual que las demás filas; la música marcha á la cabeza como una invocacion, y el paso acompasado de la tropa es un rosario de ecos del himno marcial, es la rima que repercute; como el vaivén de las bayonetas y del azul y el rojo ondulantes es el ritmo con que sacude el viento de la guerra aquellas mieses de espigas bien cargadas, maduras ya para la siega: sagrientas priniicias mañana del culto terrible del fiero Kartikeya. Miradlos ahora; son la poesía en verso.

V.

Y ahora miradlos atravesando el páramo triste, aplastados por el sol de la batalla de las Navas; mascando, por todo maná, el rocío del polvo, tal vez del polvo de sus abuelos; la música calla discretamente y porque no puede más; ni las fauces secas soplarían, ni el ánimo está para orquestas; las filas van quebrantadas, desiguales; las piernas no se mueven á compás; ya no hay uniforme vaivén de brillantes bayonetas; el soldado que vá delante habla con el amigo que le sigue, y para hacerlo á su gusto, se emparejan; la simpatía ha roto el órden simétrico. Los rezagados son otros insurrectos del ritmo. El geometra, el Pitágoras de aquella armonía deshecha, vá á caballo delante y lo tolera todo: «aquello es la jornada, la fatiga; por allí se va á la gloria.» La marcha es la prosa prosaica, útil, ingenua, libre. El único ritmo que allí queda solo Minerva lo oye.

VI.

Después de atravesar un río y una cadena de montañas, donde todo compás y simetría se perdió por completo, donde la impedimenta, en vez de marchar á la cola, lejos, despreciada, necesitó, para pasar el vado ó dominar el lomo de roca de la cumbre, el socorro de todos; y el caballero ayudó al caballo, y el infante al

mulo del camion, y el héroe cargó con el saco de provisiones, y el carretero fué héroe; despues de tales trances, que á más de un capitan dieron fama, llegó el dia de la gloria. El arte de vencer ó sucumbir con honra pide el ritmo otra vez. Pero es ritmo misterioso que no perciben bien los sentidos, ritmo intelectual que está en la cabeza del caudillo y de quien observa sus planes y los comprende.—Y ya se rompió el fuego; la victoria vuela de campo á campo indecisa siguiendo la estela de las terribles bombas; el hierro divide las filas como la cesura el verso; los soldados de retaguardia reemplazan á los que caen delante, pero pronto se acaban las sílabas de los piés de refresco; los huecos ya no se llenan; las balas dejan un verso cojo, despues manco, despues ya solo queda un soldado en aquel verso; por fin un casco de metralla acaba con la fila; la última sílaba muerde el polvo, lanzando un ¡ay! lastimero.—En otra parte rompe el ritmo el heroismo: un león con una bayoneta se adelanta; el valor, saliéndose de las filas, mata la simetria y salva la patria. El mal ejemplo del héroe cunde, la temeridad desesperada se convierte en un contagio; muchos son los que corren sin concierto, pero con bravura, como en clásica carrera de juegos pindáricos, para llegar antes á la bandera enemiga rodeada de fuego, como un altar de incienso, y arrancarla al adversario y alzarla en triunfo, como una rama de laurel siempre verde. El desorden de los vencedores tiene un eco en la confusion de los vencidos, que huyen. Muertos y heridos esparcidos por donde quiera, allá atrás; los vencedores temerarios allá delante; los fugitivos contrarios, más allá todavía, desbaratan los últimos restos del metro y de la rima de la guerra. Se perdió la *poética* táctica y se ganó la batalla. La batalla de la poesia en prosa.

VII.

Las más dulces palabras y las más sublimes que sueñan y sonaron en el mundo son y fueron prosa. Lo más hermoso, lo más poético no está en los poemas, está en la vida, y la vida se habla en prosa. En prosa está el Sermon de la montaña. En prosa se queja Romeo del alba importuna, si alguna vez Romeo se encuentra en el mundo con Julieta; en prosa arrulla la madre regando con voces de amor la flor de la cuna; en prosa se despide el padre al dejar el mundo, y su bendicion y su consejo sobre nuestra cabeza..... La imitacion más perfecta de la hermosura real tiene que estar en prosa. La prosa es algo más que la ausencia del verso, es la noble forma de la sinceridad absoluta.

VIII.

El sonido en el arte tiene un ritmo ostensible, en la naturaleza misterioso, fragmentario para el hombre; lleno, armónico para los dioses; la música tiende á imitar á la Naturaleza, la Naturaleza no imita jamás á la música, pese á los barberos que enseñan la marcha real á los mirlos. Todos los ayes del alma, todos los gritos de la adoracion, todos los murmullos de los bosques, todas

cigarras y todos los grillos de la pradera, todas las abejas que borrachas de perfumes zumban alrededor de las flores, todas las flores y todas las brisas, todas las olas y todos los truenos, todas las fuentes y todos los ruidos del terremoto, son *wagnerianos*. El verso es la música, la voz del arte; la prosa es el sonido sin domar, es la voz de la Naturaleza.

IX.

Un dios inventó la lira: de la concha de la tortuga y de las entrañas de la oveja la fabricó; el verso y la prosa fueron llamados á concurso por el dios, y, sin formación de expediente, la lira se le adjudicó al verso. La prosa se sonrió discreta, y el verso, ufano, se rió del desaire. Entonces la prosa le dijo: «Con esa lira puedes cantar esta noche serena, la dulce claridad de la luna, la armonía callada de las estrellas, las misteriosas sombras del bosque: canta.» El verso cantó con la lira, y se maravilló la tierra. «Yo también tengo mi lira, dijo entonces la prosa; ven, sígueme.» Y en el fondo de un valle misterioso, rodeado de colinas de verdura eterna, le enseñó un espejo: el agua tranquila de un lago dormido. Allá abajo en las linfas serenas estaba pintado el cielo con sus resplandores, como pinta astros y nubes el agua quieta; al misterio poético de los abismos altos se añadía el misterio poético del abismo de abajo; la belleza del valle, como un marco del cuadro sublime, también se reflejaba en el agua. Hubo un silencio de la Naturaleza, que fué como una voz de la noche, como una voz que decía callando: «El lago canta mejor que la lira.»—El verso, por decir algo, dijo: «Prefiero arroyos y torrentes que murmuran ó rugen.» «Bien, contestó la prosa, para tí el agua que canta y no copia en sus espumas la hermosura que la rodea; para mí el agua sin ruido, tersa y en calma, que copia fielmente en su seno el cielo y la tierra. Tú estudia en la lira; yo estudiaré en el lago.»

X.

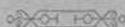
Es claro, D. Ramon y D. Gaspar, que todo ó casi todo lo que antecede es pura broma; aunque, burla burlando, algo puede ser de oro en lo que reluce; mas juro, por lo que á mí toca, que no pido que se tomen en serio por completo ni mis poemas en prosa (á no ser cuando traduzca los ajenos) ni los argumentos, parábolas y quisicosas figuradas con que he defendido *á los míos*. Pero, en fin, «*calumnia*, que algo queda.»—Muchas veces, una paradoja es un *anteprojecto*.

CLARIN.





ASUNCION DELMAS Y LA JOTA ARAGONESA.



Todavía no he vuelto en mí del asombro, del delicioso encanto que me produjo el oír cantar la jota aragonesa.

Yo que he sentido mecer mi cuna, y arrullar mi sueño á sus sonos, ya tiernos y melancólicos, ya ardientes y apasionados, ora tristes y gemebundos, ora enérgicos y arrebatados; que en el curso de mi juventud azarosa, he sentido palpitar mi corazón de entusiasmo y de júbilo al escuchar esas notas salidas del alma, que retratan la fisonomía moral de un pueblo; que me he creído trasportado á la tierra donde la libertad tuvo su cuna, al ver, lejos de Aragón, á un grupo bailar al son de este canto popular, moverse en actitudes, si graciosas, llenas de dignidad, y al oír sus características coplas, en las que el amor, los celos, la valentía, el odio, la desesperación, la tristeza de la ausencia, la esperanza del bien perdido tenían cabida por igual; yo confieso paladinamente que no había oído cantar la jota aragonesa, hasta que, en momento dichoso, que difícilmente ó nunca olvidaré, tuve la fortuna de oírse la cantar á *Asunción Delmas*, la perla de Fuentes, como tiene derecho á ser llamada, en casa de un muy amigo mío y rodeado de un coro de mujeres, á cual más hermosas, amables ó inteligentes.

Porque la jota aragonesa, con la variedad de tonos é inflexiones á que se presta al ser cantada, necesitando el cantor, á más de una buena voz, mucho corazon y muchísimo sentimiento para dar matices al canto y acomodar la música á la letra y hacerlas coincidir, compenetrarlas; la jota aragonesa, digo, es muy difícil; el arte no ayuda siempre á la naturaleza; esta falta muchas veces á aquel; la energia perjudica en ocasiones á la delicadeza; la gracia no brilla sino á espensas de la pasion y al contrario; la melancolia excluye generalmente la viveza propia de ciertas frases y la situacion del cantor desdice de las palabras de los cantares; cosas todas que hacen imposible, ó poco menos, el cantar la jota con perfeccion á las que se une la precision de poseer el estilo propio, el sello característico de este canto popular-nacional que no ha de ser el canto del aristocrático y atildado *amateur* que acompañándose de elegante piano Everard, se deja oir en confortable salon, cuya tupida alfombra y lujosas tapicerias apaguen el eco de su voz artísticamente delicada, sino el canto de aquella fematera del baturro, que allá, al retirarse, en las tardes del Otoño, de las faenas del campo, la entona perezosamente con voz que repercute en los montes ó llanos próximos; ó la del baturro que sueña en su baturra cuando dice en estrecha callejuela, y en cruda y helada noche:

Bien sé que estás en la cama
 Con los piccitos calientes
 Y á mí me tienes aquí
 Pegando diente con diente,

ó llora quejas de su ingrata y exclama con voz quejumbrosa

Madre cuando yo era mozo
 No me sujetaba el hierro
 Y ahora me hallo aquí cantando
 Esclavo de la que quiero.

Con las mismas notas, sin tener en cuenta los adornos y detalles de ejecucion, ni los alardes de facultad, hace reir un cantar sentimentalmente triste ó disgusta otro de gracia picaresca ó de intencion que no estén reñidas con la decencia.

Por eso es tan difícil cantar bien la jota aragonesa; tan variados y diversos elementos, tan diferentes y aun contrarios medios de expresion, no acostumbran á encontrarse reunidos, no ya en los hijos del pueblo, sin más que su instinto natural del arte, sin educacion artística, pero ni en artistas avezados, que, en caso, pueden,

con ayuda del arte, suplir facultades de que carecen, ó aumentar y dar más realce y brillo á las que poseen.

Y yo he tenido la fortuna, para mí grandísima, de ver y oír eso que un poeta llamaría el *ave fénix* del canto popular de Aragón.

Asuncion Delmas canta como un ángel. Su figura toma proporciones sobre-humanas cuando su boca se abre para dar salida á aquellas notas deliciosas, inspiradísimas, en que la pasión vibra con acentos sublimes y el entusiasmo se desborda á torrentes.

Cuando canta, es, por gran manera, adorable, deificable.

Nada más allá.

Identificándose con lo que canta, letra y música, así hace sentir, traslada y comunica el sentimiento dulce, tierno y melancólico de su cantar, como, conmueve con el arranque entusiasta que el amor á la patria, á la tierra, al hogar, hacen brotar de su alma y salir de sus labios palpitantes de emoción.

Hay en ella facultades excepcionales y arte exquisito.

Es un ave que llena la selva umbria con sus armónicos concientos; un arpa eólica, que hace vibrar liviana brisa; un serafín desterrado de los coros celestiales; un prodigio, una maravilla más que humana.

Delicadeza... la suya.

Encanto... como no he visto igual.

Expresion... idealísima; más bien trasfiguracion.

Cuando canta, sólo para ella hay oídos y miradas y suspiros de satisfaccion; un como éxtasis del que dá pena salir, una como bienaventuranza, solo amargada por el temor de que acabe y de no volverla á disfrutar.

Acentos varoniles... en la fematera habian de oírlos nuestros campesinos y gente del pueblo; postrados la reverenciarían y con lágrimas en los ojos la suplicarían no interrumpiese sus divinas melodías.

Y, nosotros, los que disfrutabamos de esa dicha, solo comparable al placer de los dioses en el Olimpo, nada envidiábamos; todo, al oírlos había desaparecido de nuestra memoria, de nuestra imaginacion. ¡Ella! Yo estaba embobado. ¡Bendita mil veces aquella boca! Porque en los graciosos repliegues de las comisuras de sus labios; en el leve fruncimiento de su fina nariz, en el gracioso arqueado de sus cejas, el espectador adivinaba casi el pensamiento que iba á encarnar en aquellas notas, cuyo ritmo á nada es comparable; espe-

raba ser encantado con aquella indefinible melodía y los resultados excedían á sus esperanzas. ¡Qué náyade, qué silfide, qué ondina pudiera aparecer á nuestra enagenada vista que pudiera equilibrar el encanto, la grata seducción de aquella que en sí reunía todos los de las vaporosas habituales pobladoras de las selvas, ornadas de mirtos y tomillos, los de las etéreas navegantes de los aires, los de las que lánguidamente recostadas en espumas, ó habitando palacios de corales, cruzan silenciosas, en las claras noches del estío, las linfas impolutas, columpiándose en las onlas que ilumina la casta amante de Endimion!

¡Y qué cantares!

Para qué mandas tocar
las campanas del olvido
sino se puede apagar
el fuego que has encendido.

Noche y día estoy llorando
solo por ver si consigo,
borrar pronto de mis ojos
la mancha de haberte visto.

Hechos, parecían, á propósito para ser cantados por aquella boca. Doblemente expresivos por el concepto y por la manera. Realzados á maravilla, sublimados, llevados á la apoteosis. Así pensaba yo, cuando oyéndola creía que no había en el mundo cosa más que la que ante mis ojos veía, y la que tan deleitosamente acariciaba mis oídos anhelosos y no hartos de tanta dulzura.

Luego, la cantadora á una con la guitarra. Porque la jota aragonesa no se ha hecho mas que para cantarse con la guitarra. Y el tocador... de órdago. Vaya un *punte* de oro para pasar al cielo de la melodía. Créiase que una sola voluntad arrancaba á las cuerdas del sonoro melancólico instrumento aquellas notas, á las que respondían en armonioso concierto los acentos más que humanos de la gentil *Asuncion*.

Tal precision.

Ni el órgano mejor combinado podría ostentar fraternidad semejante. Radiaba de entusiasmo la jóven y este iba infiltrándose, poco á poco, cada vez con más fuerza en el ánimo de los circunstantes. Y esto no un momento. El verdadero artista no escatima sus dones. Así que la delicia se prolongó bastante ¡Qué no hubiera durado eternamente!

Entre cantar y cantar, al acompasado son de la bien tañida vi-

huela, se agitaba el pecho de la artista, como haciendo acopio de inspiración y de armonías, bien si como, en lugar de descanso, pidiera á la musa inspiradora más dulces melodías, más gratisimos acentos, no fuerzas ni voluntad que en ella por gran manera abundaban.

Cantaba *Asuncion* y cada uno atento á su interior satisfaccion y regocijo intimo; nada de comunicarse impresiones, toda interrupcion creyérase nefanda profanacion, traidor atentado al goce de que los demás estaban disfrutando. Jamás artista alguno fué escuchado con tan religiosa atencion, ni aclamado de tan férvida manera. Aun se temia que la prolongacion del aplauso fuera parte á amenguar el contento de volverla á oír.

Todo ¡Dios mio! concluyó. ¡Cómo no? si en el mundo todas las dichas son pasajeras.

Calor, sinceridad, afecto, distinguieron las felicitaciones que á *Asuncion* se dirigieron, con barniz de la más pura gratitud y blasones de discreta admiracion.

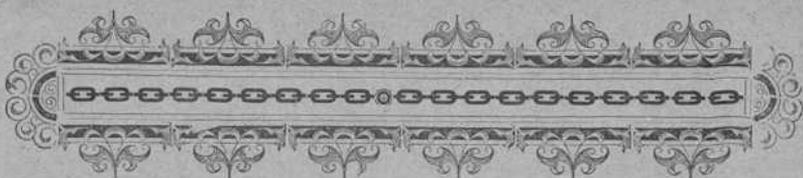
Comentarios... no faltaron. El que menos puso á la cantora cien codos más allá que yo. Todo poco. Culpa es de la pobreza de mi imaginacion si los míos no exceden á sus elogios.

¡Encantadora, admirable, ruiseñor, alondra, ave de mil graciosos tonos! No basta. ¡Sin segunda! Algo es. Yo la pongo por encima de todo eso. Es... ¡¡*Asuncion Delmas!*!

Toda mi vida recordaré tan gratos momentos aunque cien años viva. Y siempre que, hálleme donde quiera, vuelva la vista y el corazón hácia esa tierra bendita, dos frases asomarán á mis labios con emocion y alegría. ¡*Asuncion Delmas!* ¡*La jota Aragonesa!*

UN BATURRICO.





DATOS HISTÓRICOS

Referentes al Reino

DE

NABARRA.



Bajo el título de *El génio de Nabarra* me propuse exponer la série de trasformaciones que al primitivo bascon lo han convertido en el nabarro de nuestros días, poniendo de relieve sus caracteres propios y distintivos, yá permanentes, yá modificables.

La obra, tál y como la concibo, ha de estar dividida en cinco libros ó partes que se denominarán: la Naturaleza; la Raza; la Historia; la Constitucion; el Estado social. De esta suerte aparecerán reunidos los agentes, las condiciones y el producto de la accion histórica en Nabarra, ó sea, un trasunto bastante completo de nuestro actual modo de sér y de sus causas generadoras, expuestas bajo el triple aspecto de su origen, de su desarrollo y de su acumulacion.

Ciertamente, que un libro de ésta indole—escrito no por persona que pretende observar friamente las leyes objetivas que regulan la vida de los pueblos, sino por quien al concretarse á uno dado experimenta tan honda preocupacion tocante á sus ulteriores destinos que, por *éste único motivo*, acomete esa tarea—, un libro de esta indole en más ocasiones pediría sombras á la luctuosa elegia que nobles arreos á la elocuencia. Y cómo no ¿sino es sólo nuestra independencía la que se ha hundido, nuestra autonomía la que se arruina, nuestras instituciones privadas las que se derrumban, sinó hasta nuestra misma individualidad étnica la que se borra y disuelve, nuestro *yo* el que fenece y se evapora, por lo que es yá pasible predecir, casi rigurosamente, el momento en el

cual la tierra bascóica será, en cuanto á costumbres y language, una mera prolongacion de las provincias castellanasy aragonesas?

La sustancia de los dos primeros libros y de una parte pequeña del tercero la conoce el público; pero la materia de la obra es tan vasta que recelo ha de rebasár, y con mucho, los limites de mi capacidad: en todo caso es empresa que requiere holgura, calma y espacio, que rechaza improvisaciones y apresuramientos. Como lo esencial de ella estriba en encontrar la razon de las cosas y en expresar su significado, no persigo la originalidad. Pero hay secciones que permanecen totalmente inexploradas aun y en otras es imprescindible el manejo de la critica. Estas exigencias me han puesto en el inacabable camino del acopio de datos; tengo reunido un considerable número de ellos, sacados, en buena parte, de los *libros de Comptos* del Archivo de este nombre en la Excm. Diputacion de Nabarra, los cuales, hasta ahora, han sido poco, ó nada, utilizados.

La vida entera de un pueblo, así como la de un individuo, se resume, forzosamente, en cobrar y pagar. Los accidentes históricos de Nabarra han ido dejando, por lo tanto, su rastro en esos libros. Sus informaciones son, inútil parece advertirlo, sumarisimas, pero no ménos interesantes por eso. Ahora suministran detalles á acontecimientos conocidos, despues indican sucesos cuya memoria se perdió por completo, y siempre nos especifican los elementos que constituyeron la base material de las memorables hazañas y granados hechos que resplandecen en los bronces de la historia. De informaciones al menudeo y por menor, la cosecha que de ellas cabe levantar es, en cierto modo, infinita: aqui precisan una fecha, más hallá nos suministran un nombre, en otra parte esclarecen un asunto dudoso ó confirman una indicacion vaga de los autores.

No se crea que todos los datos que pienso ir publicando, tomados unos de los *libros* y otros de los *cajones* del Archivo de Comptos son *inéditos*. El trabajo de seleccion que para realzarlos con este calificativo debería de tomarme, cualquiera comprende que sería improbo. Muchos de ellos lo son y casi siempre sus fuentes.

La publicacion integra de *El génio de Nabarra*, por las razones que van expuestas, ha de diferirse. Ninguna de mis notas, redactadas en contemplacion á aquella, está, en absoluto, desprovista de interés y para su totalidad tampoco hay cabida en mi obra. Esta consideracion me mueve á publicarlas separadamente. Así, concluya, nó o, mi *génio*, segun la voluntad de Dios, habré tenido la satisfaccion de acarrear algunos granos de arena—entre los cuales, acaso, salga alguna pepita de oro—al estudio de la historia de Nabarra.

Esta publicacion de datos saldrá dividida en séries, comprensivas de un periodo mayor ó menor de años, y las séries se subdividirán en secciones que se distinguirán y calificarán por sus titulos especiales.

PRIMERA SERIE.

Del año 1265 al 1329.

FUENTES.—Tomos 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, y 25 de los Comptos del Tesorero, Merinos, Bales, Recibidores y otros oficiales del Reino de Navarra.—Varios documentos de los cajones:—Archivos de la Cámara de Comptos sito en el Palacio de la Exema.

Diputacion Foral y Provincial de Navarra.

SECCION PRIMERA.—A: RAZAS.—B: GEOGRAFIA POLÍTICA Y ADMINISTRATIVA.—C: PRODUCCIONES DEL SUELO.

A. Las razas (1)

§ 1. Durante la Edad-Media encontramos en Navarra tres razas: la primera ocupante del país ó euskara, la latino-gótica y la semítica.

La raza euskara ocupó primitivamente todo el territorio que hoy constituye la provincia de Navarra; así lo acreditan los nombres euskaros que han quedado sobrenadando hasta en las regiones más dominadas por los elementos alienígenas, que constantemente consiguieron asentarse en las tierras llanas. Entre estos elementos podemos ennumerar á los celtas probablemente y con seguridad á los romanos, godos, árabes y judíos.

La tierra llana ha debido ser objeto de varias reconquistas de parte de los euskaro-montañeses. Consta la reconquista sobre los árabes. Pero éstas inmigraciones euskaras se diluían en el fondo de la poblacion mestiza ó invasora. La descomposicion de la lengua latina importada, produjo la formacion espontánea del castellano en varias localidades nabarras, coetáneamente á lo que sucedía en los pueblos de Castilla. Buena prueba de ello es la famosa acusacion de los vecinos de Peralta contra los infanzones «apostigos» que comienza con las palabras: «*Petro Jiohannes de Sopenesa filio de Abarca Lassa de Miraclo, prissot muyller villana etc.*» (siglo XII). En 1171 D. Sancho el Sábio otorgaba el fuero de Jaca á los pobladores del Puyo de Castellón de Sangüesa; el otorgamiento está escrito en castellano.

Las propiedades ó haciendas rurales entre los romanos no llevaban, casi nunca, nombres geográficos, ni tampoco agrícolas. Ordinariamente estaban formados por un radical que era un hom.

(1) Uso de esta palabra en su sentido vulgar y genérico, sin pretensiones de rigorismo etnológico.

bre de persona, al cual se añadía la desinencia de adjetivo que marca la posesion: pridio *Marceliano*, *Terenciano*, *Galiano* etc. El nombre lo daba el propietario primitivo, y persistía, generalmente, á pesar de las trasmisiones del dominio. Esta costumbre la llevaron los conquistadores á sus territorios conquistados. En las Gálias, p. ej se descubren radicales célticas, pero la formacion del hombre de la propiedad es el señalado. Andando el tiempo, los nombres de esas propiedades (verdaderos núcleos de poblacion) se convirtieron en nombres de pueblos. De los nombre de los propietarios primitivos *Albinus*, *Solemnis*, *Florus*, *Bertinus*, *Latinus*, *Victorius*, *Paulus*, *Julius*, *Atonius*, *Cassius*, *Gabinus* proceden los actuales *Aubigny*, *Solignac*, *Fleury*, *Bertignole*, *Lagny*, *Vitry*, *Pouilly*, *Sully*, *Atigny*, *Chassey*, *Gagny*. Los nombres de pueblos de las naciones modernas en los países dominados por los romanos proceden, en sus nueve décimas partes, de las antiguas haciendas romanas; varios los trocaron por nombres de Santos á partir del siglo VI (1).

Ochocientos sesenta y cuatro pueblos, villas y ciudades (salvo error) constituyen la actual provincia de Navarra: setecientos treinta y uno de ellos llvan nombres puramente euskaros (tomados de los accidentes topográficos y climatológicos); treinta y uno son de filiacion dudosa, aunque fácilmente reducible al euskaro en su mayoría y de los ciento dos restantes, varios se distinguieron con dos nombres, uno románico ó neo-latino (el posterior) y otro bascongado (el primitivo): «Pamplona» *Iruña*; «Estella» *Lizarra*; «Olite» *Iriberry*; «Peralta» *Aezkoyen*; «Monreal» *Elo*; «Puente-la-Reina» *Garés*; «Roncesvalles» *Urreaga*; «Salinas de oro» *Gatzaga*; «Valcárlas» *Luzaide*; «Espinal» *Aceritz-Cerri*; «Burguete» *Auritz* etc. Este hecho demuestra, mejor que otro alguno, cuán poco intensa y extensa fué la dominacion de los Romanos en la antigua Basconia. Hubo localidades y regiones (las mas abiertas, feraces y estratégicas) del todo romanizadas; despues vinieron los godos y los árabes á posesionarse de ellas y aunque finalmente fueron reconquistadas por los aborígenes, la deseuskarizacion de ellas estaba tan adelantada que fué imposible la regresion al tipo. Constituyeron, merced á su importancia, otros tantos focos de deseuskarizacion que recobraron sobre el resto del país.

La masa de esa poblacion sería, probablemente, siempre euskara; nada prueban, en contrario, los nombres que usaba é imponía á las cosas, porque la lengua no corresponde constantemente á la raza. La descomposicion del latin vulgar impuesto por los romanos á los euskaros conquistados y adoptado posteriormente por los godos produjo, andando el tiempo, la formacion del castellano: que sería un error muy grande suponer á este lenguaje importado por inmigraciones de gentes de Castilla.

(1) Fustel de Coulanges: «*Le domaine rural chez les Romains*». (Revue des Deux-Mondes, 15 sept. 1886).

En la Edad-Media los elementos alienígenas están representados por los provenzales á quienes los fueros de población atraieron, por los moros que aceptaron el yugo de los reconquistadores y por los judíos. También cabe suponer que dejarían descendencia los refugiados durante la invasión árabe, «reliquia de la gente goda» y que no todos ellos volverían á su país de origen.

En Navarra, durante parte de la Edad-Media se hablaron, por lo ménos tres lenguas; el castellano, el provenzal y el euskaro ó bascuence. Acaso algunas aljamas de moros y judíos conservarían sus idiomas semíticos. Pero en la época á que contraigo principalmente mis investigaciones los muchos apellidos y apodos románicos que ostentan los individuos de éstas razas indican que era muy común entre ellos el uso de la lengua castellana. El francés (alguno de los dialectos de la lengua de *oil*) se habló también en la corte de algunos de nuestros reyes; se empleó en la redacción de bastantes documentos oficiales. El provenzal fué absorbido con cierta rapidez por el castellano, al que saturó de términos y locuciones propios. El bascuence, calificado de *lingua Nivarrorum* por el Rey D. Sancho el Sabio en 1167 (1) se hablaba en toda la Merindad de Pamplona y en las zonas y distritos montañosos de las actuales Merindades de Sangüesa, Estella y Olite, es decir, en la mayor parte de Navarra. De la Merindad de Tudela es indudable que había desaparecido totalmente para el siglo XIII, en la ciudad de Olite tampoco se usaba y en el territorio euskaro existían varios focos de idiomas románicos: p. ej. el Burgo de San Cernin en Pamplona, los cuales focos estaban llamados á difundirse por el influjo de la vida oficial.

Los documentos que tengo á la vista, escritos con un objeto puramente fiscal y relativos al patrimonio de la corona exclusivamente, no permiten trazar el cuadro exacto y completo de la distribución intensiva y extensiva de los elementos alienígenas que he mencionado, pero sí un diseño ó trasunto que compensa la vaguedad de sus informaciones con su realidad.

La presencia de una lengua y de una raza en un país determinado se revela en los nombres de las cosas y de las personas; cuando los nombres de estas consisten ó van acompañados de un apodo, son altamente significativos, constituyen la prueba directa de uso corriente del idioma á que pertenecen.

Nombres de cosas.—En Tudela: el palacio de *Figueruela*, el caynar de *Mirapeys* (2); el pont de las *Linas* (3); heredad del *Albea*; piezas de *Mosquera* y de *Huzerín*; los sotos de *Cayssar*, de *Serán*

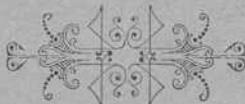
(1) *Lib Rot. Eccles Pampil*, folio 181; citado por Moret.

(2) Cuento de D. Miguel Baldoín, baille è justicia de Tudela. Tomo 1.º de los Comptos, año 1265.

(3) *Compotus D. Pere Gavarda*, lo Merin de Tudela; *id.*

ó *Serón*, de *Cotas* (1); torre del *Canto* (2); los corrales en *Capaillueca*; el término de *Cardet*, el de *Sulas*; viñas de *Torre del Serrano*, del *Pozuelo*, de la torre del *Alfaquín*, del *Ramo*, de *Cap de Estopas*, de *Biosas*, de la *Soldada*, de la *Madrina*; términos de *Soladrón* y de *Genestares*; el campillo de *Razal*; el valle de *Comiel* (3); viña de la *Nava de Valpetuna*, del *Cabezuel*, de las *Fuentes*; términos de *Algarz*, de *Tamaritz*, de *Bubierca*, de la carrera de *Carros*; piezas de los *Vergales*, de la *Losa*, de la *Boca del Prado*, del *Olivo* en *Albotes*, de *Valdelcutz*, de *Lodares*; los molinos de *Gaxar*, de *Palluela*, de la *puerta de Zaragoza* (4); viña de *Mealluela*; el orto de *Pesquey-ra*, el de *Niceras* (5); *puerta de Albazares*; término de *Salis*; viñas de *Alcilea*, de *Alazar*, (6); campos de *Grisera* (7); viñas de *Pradolueno*, de *Ardachales*; piezas *cabe de la Lobera* (8); *puerta de Calchetas* (9); los vicos (*) de la *Magdalena* y de *Ardevillas* (10).

ARTURO CAMPION.



- (1) *Compotus D. Mignel Baldoyn, justicia è baylle de Tudela; id.*
 (2) *Compotus D. Jurdan Cuynat, alcayet è baylle de Tudela. Tomo 2.º año 1279.*
 (3) *Compotus Petrus Macip, Callivus Tutelæ; id.*
 (4) *Conto de Johan de Vaneylla, Merino de la Ribera. Tomo 4.º, año 1290.*
 (5) *Comp. Johannis de Sanvila, Merini Rip. et callivi Tutelæ. Tomo 5.º año 1291.*
 (6) *Comp. Johannis de Villaribus, Merinus Ripparie. Tomo 8.º año 1304.*
 (7) *Conto Pedro Macip, baile de Tudela; id.*
 (8) *Conto de Raol de Chambon, baile de Tudela. Tomo 10, año 1306.*
 (9) *Comp. Yenegro de Uxue, baile de Tudela. Tomo 18, año 1318.*
 (*) La palabra *vico* designa, á veces, un barrio, y á veces una calle. Acaso en aquella época no había diferencia entre ambos.
 (10) *Cont. Petrus Caritat, Caillivus Tutelæ. Tomo 22, año 1328.*



El paraiso indio.



(TRADUCCION DEL MAHABARATA)

Despues de saludar à la montaña,
Aryunas, esplendiendo de alegría,
Lánzase entonces al divino carro
Que del Emíreo elevale à la cumbre.

Desde aquella region inaccesible
A los mortales, vé como fulguran
Millaradas de ruedas rutilantes.

No el áureo Sol, ni la argenta Luna
Miden el tiempo allí, dó solo brillan
Por su propia virtud aquellos astros
Grandiosos, que à nosotros nos parecen
Débiles luces: ¡tan distantes somos
Para poder sondearles su grandeza!

Allí descubre multitud de reyes
Piadosos y perinclitos varones
Por su ardiente piedad y su bravura;
Vates sagrados y brillantes ninfas
Corriendo por el cielo en carro alado.

A la entrada del pórtico celeste
Invencible elefante se elevaba
Más colosal aún que el monte Himavo:

El príncipe se asombra y recorriendo
Por entre aquella turba de felices,
Lanza su carro á la ciudad divina.

Con estupor descubre de repente
Del alcázar supremo el brillo eterno,
Y en amenos verjeles áureas flores
De matiz delicado, dó se exhalan,
Mezclados con el céfiro celeste,
Perfumes de virtud. Tambien contempla
El bosque de Nandana, dó los coros
De los Apsaras, juegan á la sombra
De vigorosos árboles, ornados
De flores y lumbrosa pedrería.

En tal morada no entran los impios,
Ni el traidor á la pátria, ni el que huye
Del honroso combate, ni el que omite
La ofrenda hacer del fuego, ó abluciones;
Ni el que niega limosna al pordiosero;
Ni el que deja de orar, ni los malvados
Que perturban el culto, ni el ebrioso,
Carnívoro, mendaz, impuro, adúltero.

Mientras Aryunas, fuerte en sus virtudes,
Recorre alegre tan amenos campos,
Los poetas, ancianos y los dioses
Del mar y tierra, del espacio y fuego
Y coros de Gandarvas le saludan.

Tímpanos suenan y sonoras trompas;
Grácil s ninfas dulcemente cantan;
Y Aryunas vencedor y omnipotente,
Volando por la bóve la estrellada,
Se halla en presencia del Supremo Indra.

V. SUAREZ CAPALLEJA.





UN PENSAMIENTO.



Su corola entreabrió cuando del alba
la tibia luz el horizonte tiñe,
y entre nubes de azur, ópalo y oro
despunta el sol con nacarados tintes.

Cuando el arroyo en su cristal refleja
la hermosa claridad, que al cielo imprime
el divino fulgor de ese haz luciente,
que en las ondas del eter se percibe.

Cuando del mar en el tranquilo seno
leves murmurios de esperanza gimen,
y las auras, que pueblan el espacio,
se acercan á rizar su superficie.

Cuando el trino del ave, que despierta,
de otro mundo mejor busca los límites
para cantar á Dios, que auras y soles,
mundos y mares con su diestra rige.

Y creció para tí, que eres tan buena;
que sientes ¡ay! lo que mi anhelo finge;

que sabes adorar como se adora
todo lo grande que en el orbe vive.

Trémula de emocion, quizá tus labios
imprimieron en él beso sublime;
dulce beso de amor que un alma encierra
y es el lazo de union de otra alma triste.

Su purísimo caliz se mantiene
fresco como al nacer, y es que, al abrirse,
tanta vida guardó con aquel beso,
que Dios quiere que nunca se marchite.

ASCANIO.





EL NIDO.

MÚSICA DE ED. HAAS.

A D.^a Paulina Testard
píntora y escultora.

I.

La golondrina tenía
Sobre su choza musgosa
Su nido, donde afanosa
A sus tiernos hijos cria.
Así que el nido abandona
En Julio la gente alada,
De aquella grata morada
Mira con risa burlona
La paz pasada.

II.

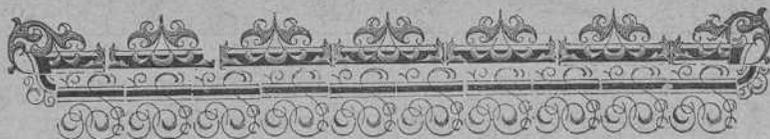
Como estas aves ligeras
A veces somos, querida;
Sin pesar, el alma olvida
Lo que antes amó de veras.
En busca de otra ventura
Divaga de flor en flor,
Sin hallar al rededor
La dicha tranquila y pura
De aquel amor.

III.

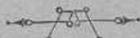
Es el amor nuestro nido;
Si el dulce albergue dejamos
Quizas nos arrepintamos,
Más tarde de habernos ido.
Que falten al juramento
Los otros, enborabuena;
Seamos dos, el alma llena
Con un solo sentimiento
En paz serena.

E. CONTAMINE DELATOUR.





Crónica local.



Con motivo de una conferencia en el Ateneo.

GEOGRAFÍA MARÍTIMA.

I.

La curiosa é instructiva conferencia dada últimamente por don Victor de Velasco, Capitan de fragata retirado y Presidente honorario de El Ateneo de Vitoria, me ha sugerido la idea de tratar más extensamente la materia tan bien expuesta en aquella ocasión, pero que no pudo tener en un discurso la amplitud de que es susceptible en una série de artículos. Valiéndome, pues, de los autores nacionales y extranjeros que se ocupan de tan interesante asunto y coordinando las observaciones adquiridas durante mis viajes, voy à exoner conocimientos y cifras que, si no son desconocidas para la gente de mar, y especialmente para la gente de mar iniciada en la ciencia, no son muy familiares para la generalidad de los lectores de tierra adentro.

Comenzaré, pues, ocupándome de lo primero que impresiona al espectador al aproximarse al mar, à ese inmenso camino por el cual se ha difundido el comercio y la civilizacion à todas las regiones de la tierra: del color de las aguas.

La más cristalina agua del manantial más puro no es más trasparente que las de algunos puntos del oceano. En algunas partes del mar Artico se perciben perfectamente las conchas à la profundidad de 445 metros, y en las Antillas, à la misma profundidad, el

lecho del mar con sus conchas, sus peñascos y sus vegetales es visible como si estuviese próximo á la superficie de las aguas, á tal punto que casi causa vértigos. Mas allá de esta profundidad la luz del sol no penetra en cantidad suficiente para distinguir los objetos y se cree que es insensible á los 300 metros. La luz de la luna solo es perceptible en el interior de las aguas hasta los 13 metros. En los últimos años los buzos han comenzado á emplear con buen éxito la luz eléctrica para los trabajos submarinos: la transparencia de las aguas ha facilitado estas invenciones.

Por efecto de la doble propiedad que posee el agua del mar de reflejar la luz y dejarse penetrar por los rayos luminosos, hasta una gran profundidad, el mar reproduce el cuadro variado del cielo con todos sus matices y sus gradaciones de luz y de sombra. Su color aparente varía segun la incidencia de los rayos solares y segun la transparencia mayor ó menor de la atmósfera, si bien no cambia su color verdadero. Así, por ejemplo, la imagen de un buque del lado de la sombra ofrece frecuentemente un purísimo color azul, mientras que la superficie del agua expuesta á rayos del sol tiene el brillo del oro bruñido. Haciendo abstraccion de estas circunstancias, y considerando los hechos en general, se puede decir que el mar tiene un color verdoso en las costas y particularmente en los puertos, pero que á cierta distancia de tierra aparece por completo azul. Los marinos distinguen ciertos matices en lugares determinados: así es que dan á los mares polares un color más fuerte que á los otros, pero los dos colores indicados son los predominantes casi constantemente.

Hay, sin embargo, diferencias permanentes de color que se observan en ciertos lugares y que son el resultado de causas igualmente permanentes y locales. Al rededor de las Maldivas el mar es negro, blanco en el golfo de Guinea, amarillo entre la China y el Japon, rojizo en el mar Bermejo ó golfo de California y en el mar Rojo, verdoso en las Canarias, las Azores y en la costa occidental del golfo Pérsico, y en el mar Artico se encuentran algunas grandes manchas de un color verde aceituna que se cree originado por infinitos mariseos llamados *medusas*. En general, los infusorios, animalillos microscópicos de diversas especies, son los que causan casi siempre esta variedad de color. No obstante, el verde es producido por algunas plantas marinas; el rojizo del golfo de California se determina por los sedimentos del rio Colorado, y en el mar Rojo por

la presencia de una pequenísima vejetacion que aparece en ciertas épocas en cantidades prodijiosas, y, por fin, el mar Amarillo por recibir en sus aguas los sedimentos amarillosos de un río del mismo nombre. Ultimamente, cuando el mar es limpio y poco profundo, el color natural de sus aguas se modifica por el de las sustancias que constituyen su lecho. Así en las costas ofrece un color verde manzana cuando el fondo es calcáreo ó de arena blanca; verde subido cuando la arena es amarilla; oscuro ó negrozco cuando el fondo tiene tintes también oscuros, y plomizo cuando el fondo es barroso.

Existen, además, dos mares cuyos nombres hacen creer que el color de sus aguas es singular: el mar Blanco, en el norte de Rusia, debe esta denominación á permanecer helado una parte del año; y el mar Negro, entre Rusia y Turquía, ha recibido su nombre de los tártaros, probablemente á causa de las selvas sombrías que coronan una parte de sus costas ó del cielo cargado de nubes que lo cubren.

Otro de los fenómenos que se desarrollan en la superficie del mar y que impresiona vivamente á los ojos, es lo que se denomina *fosforescencia del mar*, en virtud de la cual el agua parece iluminarse de repente en una vasta extension.

Este fenómeno que se observa casi en todas partes en mayor ó menor escala, aun en los climas templados, puede verse, durante las noches de verano, cuando el casco de los barcos ó la hélice de los vapores hienden las olas; pero se presenta con más magnificencia en las regiones cálidas, en el mar de la India, en las costas de Malabar y de las Maldivas: en éstas últimas regiones se renueva todas las noches, particularmente en tiempo de calma.

¿Cuál es la causa del fenómeno de la *fosforescencia*? Los viajeros franceses Quoy y Gaimard y algunos otros escritores científicos la atribuian á la presencia de una infinidad de animalitos microscópicos luminosos que se mueven rápidamente en la superficie de las aguas: otros creían que era debido á la existencia de una materia fosforescente producida por las materias orgánicas y particularmente por los restos de los peces muertos y medio descompuestos, que existen en abundancia en el mar y que flotan en la superficie; pero parece que ha cesado toda duda despues de las observaciones hechas en la costa de Bretaña, en Francia, por M. Decharme. Habiendo recogido una porcion de agua fosforescente, este observador notó que el agua perdía su brillo cuando se la dejaba tranquila, pero

volvía à ser luminosa cuando se agitaba el frasco y sobre todo si se echaban al agua algunas gotas de alcohol ó de algun ácido. El microscopio reveló entonces la existencia de infinitos animalillos infusorios, de los cuales el que más contribuye à la fosforescencia ha recibido el nombre de *nocticulo miliar*, y es tan pequeño que en 30 centímetros cúbicos pueden existir 25 000. Estos infusorios son los que por su número producen à veces en pleno dia el aspecto del *mar de leche*, ofreciendo el oceano en ciertos puntos el aspecto de un campo blanquecino.

Acerca del magnífico fenómeno de la *fosforescencia*, dice Humboldt: «El que no ha sido testigo de este fenómeno en la zona tórrida, y sobre todo en el oceano Pacifico, no puede formarse sino una idea muy imperfecta de la magestad de un espectáculo tan grande. Cuando un navío de guerra empujado por un viento fresco huyendo las olas no puede hartarse uno del golpe de vista que presenta el choque de las aguas. Cada vez que el casco del navío, por el movimiento natural de las aguas, se levanta un poco, llamas rojizas, semejantes à relámpagos, parecen salir de la quilla y lanzarse à la superficie del mar.» Los viajeros franceses antes citados escriben así describiendo este fenómeno: «Apenas ha desaparecido el dia la esna comienza y millones de cuerpos luminosos parecen rodar en medio de las aguas. La intensidad de la luz aumenta en la cresta de las olas, en los costados de las naves ó de las rocas contra las cuales va à romper la ola; cada choque de remo hace aparecer lampos de luz, y la nave que marcha deja tras de sí un largo surco de fuego, cuya intensidad se debilita à medida que se aleja.»

En el próximo número terminaré de hablar de la superficie del oceano, ocupándome de las olas y las mareas, para considerar despues las corrientes, los remolinos y los grandes fondos submarinos, analizando, por último, la composición química de las aguas: es decir marcharé de la superficie al fondo.

JOSÉ COLÁ Y GOITI.

El Teatro.

La Compañía de zarzuela que dirige el primer barítono, D. Ramón Navarro, dió principio à sus tareas el 19 del actual, habiendo terminado el abono de 44 representaciones, el lunes 28 del mismo.

En este periodo se han puesto en escena ,con buen exito y regular concurrencia las obras de repertorio; *El Diablo en el poder*, *Un capitán de lanceros*, *¡Cadiz!*, *Un estudiante en Salamanca*, *Los feos* y *El reloj de Lucerna*, y las nuevas: *La Bruja*, *Cuba libre*, *La campana milagrosa*, *El milagro de la Virgen* y *Artagnan*.

En la interpretacion de todas estas obras se han distinguido y han alcanzado grandes aplausos las Sras. Nadal, Quintana, Gonzalez, y Galan de Navarro, y los Sres. Navarro, Lopez, Ruiz Madrid y Brandon.

Se han estrenado varias decoraciones, que han llamado justamente la atencion, y la orquesta, bajo la inteligente direccion de los maestros, Belloc y Reig, han cumplido dignamente su cometido.

Obras recibidas.

¡Pobre Luisa! Novela original de D. José Maria Caballero (2.^a edicion.)

Hemos leído esta novelita y su lectura nos ha servido de grata satisfaccion. Asunto interesante, sin grandes episodios, ni situaciones horripilantes al estilo del día, accion naturalísima, derivada de los mismos acontecimientos, caracteres bien dibujados, destacándose los de la protagonista y personajes principales, lenguaje fácil y sencillo, no exento de algunas incorrecciones, una moral irreprochable, y una finalidad provechosa, cosas son para agradar y tenerse en cuenta, hoy en que, por desgracia de nuestra literatura, priva el género de Zola, Daudet y otros escritores naturalistas.

Obra es esta que acusa, la inexperiencia de la juventud en que el autor debió escribirla, pero que revela en el mismo las condiciones de novelista, por su desembarazo en el empleo del diálogo, por la viveza de las imágenes y la verdad de las descripciones, de los caracteres morales, como por el interés que sabe dar á la narracion, la preparacion de los efectos y la suavidad del estilo que es poderoso medio de insinuacion para el lector.

Puede sin peligro ponerse en manos de un niño ó de una señorita, en la seguridad de que al recreo que le proporcione, unirá una saludable enseñanza.

Se halla de venta, al precio de 2 pesetas, en la Librería de Robles, Postas 5, Vitoria.

PASCUAL LOPEZ.

